

CAPITULO III

Etica y política en la vida y obra de Arquitas

Es del todo inapropiado enfrentar el estudio de la figura del tarentino sin tomar en cuenta los ámbitos de la política y la ética. Sin embargo, son escasos los estudios que alrededor de este tema se presentan en los textos de sus principales estudiosos contemporáneos, a pesar de que hay muchas referencias antiguas. El principal problema a que nos enfrentamos es la falta de análisis sistemáticos conocidos sobre la política pitagórica. Quizás el mejor texto en este aspecto sea el de Edwin Minor, *Early Pythagorean Politics. In Practice and Theory*, que constituye un excelente intento, pero que se puede considerar una introducción al tema. La gran mayoría de los estudios del pitagorismo se limitan a repetir las ya conocidas referencias que hemos presentado en el primer capítulo. Lo ideal sería romper esa barrera con la pretensión de lograr una introducción al análisis de las probables acciones y teorizaciones que llevó a cabo Arquitas.

Debe tenerse en cuenta que las referencias antiguas son diversas, mas de contenidos bastante pobres. Se presentan hechos fundamenta-

les para la historia de la Magna Grecia, sin embargo éstos son descritos muy escuetamente. Desde el punto de vista teórico, sólo Aristóteles dedica algún tiempo al análisis de tales acciones políticas, pero sus referencias son breves y denotan poco interés. En épocas bastante posteriores encontramos, además, otros reconocimientos, especialmente en lo que respecta a la vida moral del tarentino.

De ahí que emprendamos una tarea difícil y, sobre todo, conjetural. Lo hipotético no se puede considerar conocimiento absoluto, pero no es una vía tan censurable como otras. Lo presente es lo menos refutable que hemos encontrado en los principales fragmentos que se refieren al tema. No conocemos mayores referencias aparte de las analizadas aquí y es probable que nunca las encontremos.

Se dice que Aristóteles escribió al menos un libro sobre el tarentino, pero parece que se perdió. Por otra parte, se puede decir que en la *República* de Platón hay una importante alusión a estos aspectos; sin embargo, ésta es quizás una de las propuestas más difíciles de sostener.

A partir de este capítulo, nos entramos en un campo de análisis distinto, mucho menos descriptivo que los anteriores. Por tanto, de aquí en adelante estamos interpretando líneas de acción y pensamiento que no son tan explícitas en los textos clásicos.

A. Tarento (Τάρας, Tarentum)

Esta ciudad, que constituye el centro fundamental de acción de nuestro pensador, tiene y ha tenido características que le permiten ser un punto de vital importancia no solo para la antigua Magna Grecia, sino también para la actual Italia. Situada a orillas del mar Jónico, es una posición estratégica muy importante; en los últimos tiempos, por ejemplo, se han establecido allí bases militares norteamericanas. Sus principales actividades económicas, a lo largo de su extensa historia, que comienza en el curso del siglo VIII a. C. (cuando una colonia procedente de Esparta fundó la ciudad) han sido: la pesca, el comercio y la agricultura.

Desde antiguo, se le conoció como un magnífico puerto, con abundantísima pesca, con buen espacio para el cultivo y con una situación geográfica privilegiada. Esto le pudo haber ocasionado disturbios internos y externos; empero, éstos se manifestaron en una escala menor respecto de los sucedidos en otras regiones.

Alrededor del año 470 a. C., la ciudad sufre una de sus más terribles derrotas a manos de los yápigas, lo que provocó la pronta caída del gobierno aristocrático que había mantenido el poder desde la fundación de la ciudad. Fue entonces cuando un partido democrático tomó el poder al parecer contra las costumbres políticas de los tarentinos, los cuales, por su ascendencia espartana, tenían una marcada tendencia aristocrática. El movimiento democrático prosperó introduciendo una constitución popular y poniendo fin a las conquistas, frecuentes en el anterior régimen, habiéndose limitado a mantener resguardada la ciudad.

Este gobierno se empeñó en el comercio, llegando a conseguir que Tarento fuera el puerto comercial más poderoso de toda la Magna Grecia. Sin embargo, ese poderío económico no se veía sustentado por conquistas de tierras, que

proporcionaran ya sean recursos humanos o bienes materiales. Por ésto, los tarentinos trataron de persuadir a sus vecinos de formar una liga de ciudades, para la defensa de sus territorios y bienes, en especial, contra los sabélicos, quienes venían del norte. La unión de las ciudades se logró, no sin antes recurrir a medios tales como la compra de aliados. De tal manera, Tarento llegó a convertirse en la ciudad líder de la Liga italiana, con las consiguientes ventajas militares que se preveían.

Importante fue la unión entre Tarento y Turio, y, especialmente, la fundación de Heraclea, que según Minar,

representó la solución del problema territorial que había arrastrado Tarento por largo tiempo y la guía hacia un largo periodo de prosperidad ¹.

La Liga italiana estaba consolidada cuando ya Crotona había caído de manos de los pitagóricos, en un momento propicio para los gobiernos democráticos. Se unían en ella Elea, Turio, Metaponto, Crotona y, por supuesto, Tarento, junto con otra serie de ciudades menores.

La historia del siglo IV se debe entender en este contexto político. Por eso, cuando pensamos en los logros de los tarentinos, debemos considerar la gran organización de estados que se había establecido, teniendo en cuenta particularmente que Tarento fue la ciudad líder de la Liga.

Por otro lado, no podemos olvidar que, en el interior de esta ciudad, como lo habíamos señalado antes, el pitagorismo se había desarrollado pobremente y con un carácter muy distinto del que había dominado en Crotona. Sin embargo, como considera Minar, durante todo el tiempo en que se va consolidando la liga de ciudades,

el pitagorismo había ganado en influencia sobre Tarento e, indudablemente, el constante peligro de fuera tendía a hacer que la gente aceptara con gusto un mando enérgico que aquel le pudiese ofrecer. Y las condiciones internas también favorecieron cada vez más su ascenso ².

No obstante, había sido difícil el establecimiento del grupo pitagórico en la ciudad. El gobierno democrático no había tenido aún un

líder que pudiera sobrellevar la carga del gobierno de la ciudad, por lo que quizás las condiciones estaban establecidas para que un nuevo hombre de fortaleza política pudiese llegar a dominar el gobierno de la ciudad.

En este momento, surge la figura de Arquitas, quien resumirá las características fundamentales que los tarentinos pedían para su gobernante, presentándose como un líder político, ético y espiritual. Su figura resolvió, al menos en la primera mitad del siglo IV, los problemas y situaciones que la ciudad había de experimentar.

B. Arquitas en el poder

La llegada de Arquitas al poder no se encuentra descrita en ningún texto antiguo. Es muy probable que haya ocurrido en el mismo siglo IV, y que su gobierno haya culminado quizás a mediados del siglo. Al parecer, fue un líder nato que llegó al poder gracias, tal vez, a sus conexiones con el partido democrático.

Dado el dominio de este partido en el inicio de este siglo, se podría considerar que Arquitas llega introduciéndose entre los demócratas, quienes por su tipo de concepción política no habrían de dejar de aprovechar los recursos humanos más valiosos con que contaba la ciudad. Las mismas características de su gobierno, de tendencia democrática moderada, hace difícil creer que Arquitas fuera un líder de la aristocracia, o un tirano que llegara por las armas al mando de esta ciudad.

Lo que sí es indudable es que, una vez llegado al poder, Arquitas mostró que no sólo en ese momento era el mejor gobernante para la ciudad, sino que también podría ser su líder por largo tiempo. Tales fueron las virtudes de su gobierno, que logró lo que ningún otro hombre pudo hacer antes. Por un lado, rompió el tradicional esquema democrático que obligaba a elegir año a año gobernantes y estrategias distintos y, por otro, convirtió la ciudad en la más próspera de todas las de la Magna Grecia, esto es, en una πόλις modelo, con estructuras sociales, gubernamentales y militares de extraordinaria solvencia.

Entre las referencias clásicas, la más explícita es la de Diógenes Laercio, quien nos confirma plenamente su importancia política al afirmar:

καὶ δὴ ἐπτάκις πολιτῶν ἐστρατήγησε, τῶν ἄλλων μὴ πλεον ἐνιαυτοῦ στρατηγούντων διὰ τὸ κωλύειν τὸν νόμον³.

(Y, de cierto, fue estratega de los ciudadanos durante siete ocasiones, mientras que otros no podían serlo más que un año, por impedirlo la ley).

Esto significaba, por un lado, que Arquitas poseía cualidades de mando no solo como político, sino también como militar, ya que el estratega era el jefe y guía de las fuerzas militares; por otro lado, que, ante su excelencia en el mando, la ley perdió su valor, puesto que hizo, con la práctica militar, que los tarentinos le reeligieran por necesidad.

Dos hechos más nos comunica Diógenes, que, indiscutiblemente, muestran la solvencia de nuestro pensador en las labores militares. Primeramente, dice:

τὸν δὲ Πυθαγορικὸν Ἀριστόξενός φησι μηδέποτε στρατηγούντα ἡττηθῆναι⁴.

(Del pitagórico, dice Aristóxenos que nunca fue vencido como estratega).

Si ésto es cierto, lo cual es muy posible por cuanto Aristóxenos conoció a Arquitas como maestro, además de que su reacción en la madurez fue de rechazo contra él y el pitagorismo (por lo que no mentiría a favor del tarentino, sino todo lo contrario), entonces, no es ficticio atribuir a nuestro pensador los mayores honores militares que la ciudad podía otorgar. Debíó ser no sólo estratega en los siete años consecutivos que mencionábamos antes, sino también el gobernador ideal, el líder indiscutido de una ciudad de un gran poderío económico, aunque de debilidades importantes en política externa.

Tarento debíó enfrentar muchos peligros en este controvertido siglo IV, dado que fuera de los miembros de la Liga de ciudades no se podían encontrar amigos, sino enemigos. Pero la ciudad, con Arquitas al mando, no fue derrotada. Su ejército fue uno de los más poderosos de su tiempo. Según la tradición, en esa época

Tarento llegó a poseer unas fuerzas militares compuestas por 30.000 hoplitas, 3.000 caballos y 1.000 iparcas⁵. Además la disposición de su caballería llegó a adquirir gran fama. En ésta, al parecer, cada soldado traía dos caballos⁶, lo cual constituía una innovación que, posteriormente, se aplicaría incluso en las campañas de Alejandro Magno, quien las utilizó con el nombre de "caballería tarentina".

Este ejército y esas formaciones de caballería se debieron, probablemente, a la pericia e indudable creatividad de Arquitas en el manejo de las estrategias.

Sin embargo, a pesar de toda esta grandeza militar, Arquitas sufre un revés, según cuenta Diógenes en la continuación del texto. Este revés ocurrió en el interior de la ciudad. Afirma:

φθονούμενον δ' ἅπαξ ἐκχωρήσαι τῆς στρατηγίας, καὶ τοὺς αὐτίκα ληφθῆναι⁷.

(Aunque una vez hubo de dejar el cargo de estratega por envidias, en seguida le volvieron a acoger).

De este revés político no conocemos mayor referencia, pero es posible considerar algunas causas hipotéticas. Arquitas era el líder indiscutido de la ciudad y de las fuerzas armadas. Su posición debía estar amenazada por diversos enemigos en el interior de la ciudad, por ejemplo, los representantes de la democracia para los que su gobierno ya se presentaba casi como inamovible. Este hecho constituía un ataque desde dentro del partido democrático, que dominó desde finales del siglo V. Por otro lado, la aristocracia no debía estar tan contenta con Arquitas, puesto que su gobierno no les daba preferencia, habiéndose mostrado como un mando del tipo centrista.

El arrepentimiento inmediato, según nos cuenta Diógenes, también pudo ser provocado por distintas causas. Por un lado, el pueblo reaccionaría ante tal derrocamiento, ya que su líder indiscutido, el mejor que nunca antes habían tenido, estaba siendo cuestionado sin razón. Por otro, es probable que los derrocadores no pudieran gobernar a un ejército acostumbrado a un estratega excepcional, y, sin el suficiente apoyo de las fuerzas armadas, los insur-

gentes no podrían sostener el gobierno. Lo cierto es que Arquitas volvió al poder y no sería removido de allí más.

Demóstenes, en *Erotic*. or. 61 # 46⁸, nos confirma la posición de Arquitas en la ciudad. Afirma que el tarentino gobernó la ciudad καλῶς καὶ φιλανθρώπως, es decir con destreza y filantropía, constituyéndose κύριον αὐτῆς, por lo cual su memoria en todos prevalece. Esto nos demuestra que Arquitas tomó el poder de Tarento no sólo en lo militar, sino también en lo político y social, y nos abre el camino para poder sostener que su gobierno se consolidó por razones de competencia y carisma. Los dos adverbios utilizados por Demóstenes nos presentan las facetas del tarentino en el poder. Por un lado, es un líder competente y capaz, de ahí que sus estrategias y acciones políticas se consideraron las mejores; por otro lado, también es un líder carismático, querido, recordado por su filantropía y con características éticas que lo presentan como el gobernante ejemplar.

Esas cualidades como estadista le llevaron a mantener una hegemonía en el poder por largo tiempo, según nos confirma Estrabón⁹, y condujeron a la ciudad a convertirse en una potencia en aquel tiempo. Según dice la *Enciclopedia Italiana*:

Tarento era ahora una ciudad riquísima y populosa, una de las mayores del Mediterráneo: se calcula que dentro del perímetro de 15 Km. de sus muros, vivía una población de cerca de 300 mil habitantes¹⁰.

Sin embargo, no podemos olvidar que el poder logrado por la ciudad no se dio, simplemente, por el sin igual trabajo de Arquitas. Están establecidas ciertas condiciones elementales que se conjugan con la acción de nuestro pensador. En cuanto a lo político, escribe Minar:

hay varias buenas indicaciones de que el estado actual del gobierno de Tarento en este periodo fue el resultado de una cierta suma de compromisos entre oligarcas y demócratas¹¹.

Dado ésto, en el interior de la ciudad el pitagórico no podía ser afectado por grupos políticos problemáticos. Incluso, el desprecio que citábamos líneas atrás no es más que un hecho esporádico que confirma la regla.

Al lado de este entramamiento político, el factor económico tuvo gran importancia para este inusitado desarrollo de la ciudad. Tarento fue conocida como un centro manufacturero y comercial (hecho que explica su alta densidad demográfica), aunque también se caracterizó por la pesca y la agricultura.

Los demócratas que formaban su propia clase estaban metidos de lleno en los asuntos comerciales, en la manufacturación y en la pesca. Los oligarcas, por su parte, dominaban la agricultura, además de introducirse esporádicamente en los otros tres campos. La primera clase estaba en pleno apogeo. Los oligarcas, al contrario, apenas podían sostener su antigua posición. Sin embargo, los demócratas debieron tener dificultades en la conjunción de sus fuerzas políticas, ya que éstas eran muy diversas. Incluso se pueden diferenciar clases entre cada una de las fuerzas de producción. Por eso no se podían atrever a romper los citados compromisos con las clases altas.

Por ende, se puede suponer que había buenas posibilidades de entendimiento entre los dos grupos políticos fundamentales y el gobierno, el cual velaba especialmente por la protección de todo lo que se circunscribía a la ciudad. Así Arquitas tendría un mandato tranquilo, al contrario de sus sucesores, a quienes se les sumaron problemas internos y externos.

El poder que tuvo Tarento en este siglo IV fue casi tan efímero como el correr de la existencia de Arquitas. Después de su deceso, la ciudad no volvió a conocer un estadista de su calibre. La mayor prueba de ello es que empezaron a formarse una serie de alianzas con pueblos enemigos, incurriéndose mayoritariamente en errores políticos. Esto llevó al caos toda aquella grandeza demostrada en tiempos de nuestro pitagórico. En poco tiempo, la ciudad cayó en manos de estados ajenos, que jamás le podrían dar el mismo esplendor.

C. Posibles principios políticos

Tenemos en nuestro poder sólo dos referencias antiguas explícitas sobre el tipo de gobierno que rigió en Tarento, ya que la gran mayoría de los que le conocieron, ya sea por referencias o personalmente, al tratar de darlo a conocer pecan de omisos en su descripción.

Ambas alusiones son muy breves y se limitan a expresar que el gobierno de aquella época fue democrático. Sin embargo, no se hace una referencia estricta de Arquitas en el poder, pues los dos autores nos hablan del gobierno de la ciudad y no del de nuestro pitagórico. Con todo, es lógico suponer que lo citado respecto a la política de la ciudad tendría que tener mucha importancia histórica, siendo el tiempo de Arquitas el propicio para tales referencias.

En primer lugar dice Estrabón:

Ἰσχυσαν δέ ποτε οἱ Ταραντῖνοι καθ' ὑπερβολὴν πολιτευόμενοι δημοκρατικῶς¹².
(Durante un tiempo los tarentinos fueron gobernados democráticamente en forma excesiva).

De ello se deduce que en el momento de mayor esplendor, que no fue muy largo sino ποτε (lapso relativamente breve), la ciudad pasó a manos del grupo político democrático, donde probablemente militaría Arquitas, al menos al inicio de su gestión. Mas, por otro lado, este gobierno democrático fue "excesivo" (καθ' ὑπερβολήν), con un sentido de excelencia y superioridad, supcngo¹³.

Esto puede confirmarse con un texto de Aristóteles, que es la segunda referencia que citábamos. En él se dice:

También merece imitarse la conducta de los tarentinos, que por hacer participar del rendimiento de sus bienes a los pobres se han ganado la benevolencia del pueblo¹⁴.

Aristóteles viene analizando los gobiernos democráticos y, al llegar a este punto del escrito, presenta los regímenes más eficaces. Por

eso, puede comprenderse que la democracia tarentina, que dominó desde finales del siglo V y que llegó probablemente hasta la época de Aristóteles (muerto en 322)¹⁵, fue uno de los modelos políticos por excelencia.

Arquitas debió ser parte del gobierno democrático, puesto que Aristóteles está hablando del régimen más excelente de la ciudad de Tarento, la que, como sabemos, no conoció mayor gloria que la que se dio en los días del pitagórico. El Estagirita no hace ninguna otra mención de los gobiernos de la ciudad; simplemente cita el mejor.

Por otro lado, en este régimen democrático se presenta una clasificación y ordenación social muy interesante. Recordemos que la ciudad es populosa, tiene una clase baja muy productiva y muy grande, puesto que la conforman pescadores y trabajadores del comercio y de la manufactura. Además, la clase alta, de una gran tradición desde los orígenes espartanos de la ciudad, sigue manteniendo un poder económico grande.

Ante tal situación social, la democracia tarentina decide implantar un régimen en el que los pobres puedan sostenerse con ayuda de los ricos, de modo tal que el pueblo se mantenía contento con el gobierno y los ricos no eran explotados en exceso.

Por otra parte, el régimen de elección tiene una caracterización particular. Aristóteles lo explica así:

establecieron magistraturas de dos clases: unas electivas y otras por sorteo; éstas para que el pueblo participe de ellas, aquellas para que esté mejor gobernado¹⁶.

Con ésto, el régimen se mantenía con gran éxito, presentándose como una democracia moderada que favorecía el progreso de la ciudad.

Sin embargo, resulta extraña la participación de un pitagórico en tal tipo de gobierno. Según la tradición, el pitagorismo se unió desde el principio a la aristocracia, en ella y por ella tomó el poder. Al menos, hasta este momento lo hemos considerado así. Mas, según George Thomson, es inapropiado tildar de aristócratas a los pitagóricos, puesto que

debe considerarse, en términos generales, sumamente improbable, si no imposible, que un emigrante de Samos pudiese encontrarse a la cabeza de una oligarquía terrateniente y hereditaria en un estado que se había fundado dos siglos antes de su llegada¹⁷.

Por ello, considera este autor que más bien este movimiento puede considerarse democrático centrista y que, para su surgimiento, se presentan, en primer lugar, como una nueva clase de ricos industriales y comerciantes, ya que ellos mismos introducen la moneda, y, en segundo lugar, trataron de establecer buenas relaciones entre ciudades por medio de una unión federal. Sin embargo, las condiciones políticas no estaban dadas para eso, por lo cual el pitagorismo cayó sin remedio.

Este juicio, a pesar de ser discutible, nos podría servir para considerar que Arquitas pudo haber tenido algunos antecedentes demócratas, aunque con mayor seguridad nos lleva a pensar que el pitagorismo no tuvo una receta política determinada. Existen posibilidades de interpretación que pueden justificar desde un régimen aristocrático excesivo hasta una democracia moderada. Para Tarento lógicamente es más fácil entender este último régimen.

Vamos ahora los principios que justificarían a Arquitas para poder actuar como lo hizo. En un texto citado por Estobeo (*Fl. IV 1, 139*)¹⁸, nos dice Arquitas:

στάσιν μὲν ἔπαυσεν, ὁμόνοιαν δὲ αὐξήσεν λογισμός εὐρεθείς.

(Un principio racional encontrado apaciguó la disensión y acrecentó la concordia).

Este λογισμός, que se podría traducir como razonamiento y aún mejor como "principio racional", nos lleva al concepto de armonía, puesto que con él la disputa o disensión (στάσιν) se calma y, a su vez, promueve la homologación o concordia (ὁμόνοιαν). Este concepto, trascendental para el pitagorismo, es de un alto valor, puesto que

πλεονεξία τε γὰρ οὐκ ἔστι τούτου γενομένου καὶ ἰσότης ἔστιν· τούτῳ γὰρ περὶ τῶν συναλλαγμάτων διαλασσόμεθα¹⁹.

(la superioridad sobre este hallado no es posible, aunque la igualdad sí lo es; pues diferimos en eso por los contratos).

Pero este valor no se manifiesta mejor que a nivel político; por eso, el texto termina explicando cómo se llega a aplicar en este contexto. Dice el tarentino:

Por medio de ese (λογισμός) los indigentes aprenden de los poderosos y los opulentos enseñan a los necesitados, ambos confiando tener por ese mismo justo. La ley y el impedimento de las cosas que son injustas hacen desistir a los entendidos el pensar cometer injusticia, puesto que no podrán olvidarse de la obediencia, cuando llegarán a ir contra el mismo (principio). Por otro lado, mostrando en sí mismo la injusticia, ese impide ser injustos a los no entendidos²⁰.

Como se puede ver, es evidente que Arquitas está pensando en un axioma para la política. Este principio, que proviene de las concepciones centrales del pitagorismo, propiamente de la música, se puede entender como armonía, concepto producido por una interpretación cosmológica determinada. Como bien afirma Jorge Solano,

es pues, merced a la música que Pitágoras logró concebir el cosmos como un todo armónico ordenado, limitado, que responde a leyes eternas e inmutables²¹.

Esta armonía que corresponde a un universo perfecto se debe aplicar a la vida del hombre como ley universal, pues ella es la que fundamenta la justicia cósmica. Pero esta misma armonía solo se puede comprender como una proporción entre los elementos sociales, por cuanto trata de hacer concordar a los hombres en aquellos justos medios en que las partes no se vean afectadas. Por eso, la justicia, expresada en la ley (κανών), reúne a los hombres proporcionalmente con el único fin de llegar a la perfecta armonía.

Los hombres, como bien lo dice el tarentino, no pueden olvidarse de cumplir los mandatos de este principio racional; puesto que en él se entienden la justicia y la injusticia, y en él

encuentran la exacta proporción por la que alcanzarán la perfecta convivencia social.

Esto se expresa, a nivel práctico, en regímenes de equilibrio social como el de Tarento, donde el sistema consistía, según interpreta Nestle, parafraseando a Aristóteles,

por una parte, en mantener la riqueza dentro de ciertos límites y, por otra en no dejar que la pobreza llegara a ser miseria, según un principio de igualdad proporcional²².

Desde este punto de vista, es evidente que Arquitas está respondiendo de igual forma en la práctica que en la teoría. Tarento es un buen ejemplo de la aplicación de la proporcionalidad en la política, siendo esto, quizás, el fruto del programa político pitagórico de Arquitas.

En términos generales, podemos afirmar que hay un principio fundamental en este esquema político: la armonía. Pero esta misma se debe entender como proporcionalidad, y en este concepto relacional se comprende la justicia y la injusticia, las que llevan a la implantación de leyes prácticas, tales como la señalada respecto a la ayuda social de ricos a pobres.

Por esto, la teoría política pitagórica se puede comprender en el contexto matemático y musical. Como decíamos, el concepto de armonía, proveniente de la música se propone unido a una proporcionalidad que, según lo vimos en el capítulo anterior, se presenta conceptualmente en la aritmética con el sentido de analogía.

Este paso de una teoría a otras y de ellas a la práctica nos patentiza la validez, al menos en tales circunstancias, del modelo pitagórico. Pues, como dice Minar:

muestra con sorprendente claridad no sólo el camino en el que la teoría surge de una situación práctica, sino también la adaptabilidad de la teoría para reunir nuevas condiciones²³.

De este modo, Arquitas se presenta como el gran estadista que, con una teoría en la mano, resuelve los conflictos, comprende la realidad y la coloca a su favor y al de su ciudad. Hizo historia con su vida y acción pública, incluso lo hizo, quizás, mejor que ningún otro pitagórico, ya que ni siquiera los de Crotona lograron esta-

blecer un sistema político que realmente respondiera a la doctrina proporcionalista de la armonía²⁴.

No nos atrevamos a creer que ésto que hemos expresado sea la única y exclusiva teoría política de Arquitas, ya que aún se pueden añadir algunos puntos²⁵. Esta es una interpretación que trata de llevar una línea muy determinada, cual es la de la analogía proporcionalista. Por ello, no se pueden considerar todos y cada uno de los aspectos que nos presenta Arquitas, más bien es menester darles un sentido bien definido que no se contradiga con otros detalles que aparezcan.

Ch. Logros históricos

Resumamos los más grandes logros de la incursión política del tarentino de esta forma: primero, es el primer pitagórico que llega al poder de una ciudad sin hacer uso de la escuela para ello, puesto que su llegada al gobierno fue con seguridad el producto de un concordato político. Segundo, es el primer pitagórico que sobresale por sus estrategias militares. Tercero, es el único pitagórico que se mantiene en el poder de su ciudad durante casi toda su existencia, casi sin haber sufrido tropiezos. Muchos otros llegaron a mandar en sus ciudades, pero poco tiempo después eran derrocados, en especial porque sus gobiernos no tenían gran popularidad. Cuarto, de su acción política, ninguno de sus conciudadanos se hubo de quejar, pues llevó a la ciudad a su mayor gloria, llegando a ser la más importante en la Magna Grecia y una de las más populosas y ricas de la zona. Quinto, Tarento, gracias a su estrategia, tuvo un ejército de un gran poderío, con una extraordinaria capacidad en los enfrentamientos con sus enemigos; ésto lo llevó, al menos en el tiempo de nuestro estadista, a no perder ninguna batalla. Sexto, la ciudad en manos del pitagórico fue líder en la liga italiana de Estados, manejando muy sutilmente sus relaciones internacionales en una época muy convulsa en toda aquella región. Sétimo, en el interior de la ciudad, hubo un ordenamiento social del tipo democrático moderado en el que se manifiesta la mano inte-

ligente de un político que maneja con sumo cuidado toda la cuestión social, y que sabe combinar astutamente las posibilidades de las clases que tiene bajo su mando. Octavo, Arquitas hace factible la aplicación política de los principios proporcionalistas, siendo quizás el primero en lograrlo conscientemente.

Todos y cada uno de estos puntos tratan de presentar los rasgos de un gran político, pero no toman en cuenta aún su propia personalidad.

D. Arquitas como modelo ético

Ὅστ' εἰς ἅπαντας τὴν ἐκείνου μνήμην διενεγκεῖν,
(De modo que el recuerdo de aquel en todos continúa)

decía Demóstenes (*Erotic*. or. 61 # 46)²⁶, sin que la afirmación fuese gratuita. Arquitas perduró en la memoria de los antiguos por largo tiempo, no debido exclusivamente a sus importantes acciones políticas, sino también a su atrayente personalidad.

Podemos sostener, sin la menor duda, que el tarentino fue un verdadero ejemplo de hombre virtuoso, puesto que a él, aun con tanto quehacer, se le reconoce siempre una recta y feliz vida moral. La mejor prueba de ésto la dan algunas referencias antiguas. Revisemos las fundamentales.

Arquitas siempre se ocupó en lo personal de mantener una vida prudente y virtuosa, incluso en las cosas pequeñas. Por eso afirma Eliano:

Ἀρχύτας τά τε ἄλλα ἦν σώφρων²⁷.
(Arquitas fue prudente al respecto de las otras cosas)

Interpretando el adjetivo sustantivado τὰ ἄλλα, (que literalmente significa las otras cosas), podemos suponer que se trata de la mayoría de las ocasiones²⁸, puesto que probablemente se habla de sus distintas facetas. Arquitas en su vida personal era hombre prudente (σώφρων) y, más que ello, hombre de gran virtud. Lo muestra una anécdota muy interesante, producto de uno de sus principios morales:

τὰ ἄκοσμα ἐφυλάττετο τῶν ὀνομάτων²⁹.
(Se guardó de los desórdenes en las palabras)

Según parece, en cierta ocasión lo forzaron a decir una palabra inconveniente y, como no pudo contenerse, en vez de pronunciarla la escribió en una pared. Con eso demostró, que a pesar de que se le estaba forzando, él no la habría de pronunciar, aunque por supuesto sí la dejó patente en la susodicha pared.

Arquitas fue reconocido por su gran virtud y por los principios morales que sostenía, incluso por parte de pensadores muy posteriores. Por ejemplo, Cicerón nos reproduce un supuesto discurso suyo, al que luego nos referiremos, en el que el tarentino habla de los peligros del placer corporal.

Pero esas características morales no se quedaban simplemente en su propia persona, pues él transmitía a los demás sus importantes cualidades, mostrándose como un verdadero filántropo que estimaba incluso a sus propios esclavos.

A este respecto, nos dice Atenodoro:

(Ἀρχύταν) πλείστους οἰκέτας ἔχοντα αἰεὶ τοῦτοις παρὰ τὴν δίαιταν τὸ συμπόσιον ἤδεσθαι³⁰.

(Arquitas habiendo tenido muchos esclavos, siempre consideraba en el simposio a aquellos que se entregaran al régimen prescrito).

El hecho de que aceptara en su comunidad privada, regida sin duda por los principios pitagóricos, a algunos esclavos con solo que éstos se aplicaran a sus normas, constituye una verdadera innovación en el pitagorismo, en especial, si recordamos el cerrado círculo que constituía el movimiento. A la vez, da a conocer un alto sentido de la dignidad humana y una filantropía poco común en aquellos tiempos.

Un esclavo de Arquitas podía, si lo deseaba, vivir según el régimen prescrito (παρὰ τὴν δίαιταν), con lo que podía ser aceptado a la mesa de su amo, es decir, en su simposio (εἰς τὸ συμπόσιον). Y esto no se debía a que el esclavo fuera más virtuoso o inteligente, como ocurrió infinidad de veces en las casas de los patricios romanos con los esclavos griegos; más bien la causa fue la propia naturaleza filan-

trópica del tarentino que llegaba incluso a dedicar tiempo a los hijos de esos esclavos.

Según Eliano,

(Ἀρχύτας) πολλοὺς ἔχων οἰκέτας τοῖς αὐτῶν παιδίοις πάνν σφόδρα ἐτέρπετο μετὰ τῶν οἰκοτρίβων παῖζων³¹

(Arquitas teniendo muchos esclavos se deleitaba extraordinariamente con los hijos de los mismos, jugando en medio de los nacidos en casa).

Ese deleitarse (ἐτέρπετο) jugando con estos niños nacidos de hombres subvalorados en esta sociedad es clara muestra de su apertura social, y no sólo de su gran amor por los niños. Hecho, este último, que le llevó a la construcción de juguetes para ellos; por ejemplo, aquella πλαταγή (sonajero o carraca) citada por Aristóteles³², que tenía la ventaja de divertir a los pequeños sin que estos pudieran causar estragos en la casa. Por otra parte, estos gestos de gran humanidad le presentan como el hombre bonachón que se complacía en deleitar a cuantos le rodeaban, especialmente en las horas de la comida, que eran, probablemente, de las pocas que podía dedicar a sus más allegados parientes y esclavos. Para él era un verdadero placer poder realizar tal actividad, como bien lo expresa Eliano³³.

Pero Arquitas no era un jefe con tibiezas en el mando. Sabía cuándo tenía que exigir y cuándo dar. Un buen ejemplo de esto es una anécdota que Spindaro contaba a menudo y que Yámblico nos relata³⁴. Se dice que en una ocasión el tarentino estuvo por un tiempo fuera de su ciudad, en una campaña contra los Mesapios. Al volver se encontró con la sorpresa de que el administrador de sus campos y su misma servidumbre no se habían preocupado por el cuidado de los cultivos y que, por el contrario, detentaban un exceso de negligencia. Ante tal actitud, Arquitas, ὀργισθεὶς τε καὶ ἀγανακτήσας (irritado e indignado), les dijo que tenían la fortuna de que se irritase contra ellos (ὅτι εὐτυχοῦσιν, ὅτι αὐτοῖς ὤργισται), ya que si esto no lo hubiese realizado,

οὐκ ἂν ποτε αὐτοὺς ἀθῶους γενέσθαι τηλικαῦτα ἡμαρτηκότας³⁵.

(No sería posible jamás que los mismos llegaran a ser impunes ante tan grave descuido).

De esta forma, les demostraba una autoridad estricta, pero con sentido positivo. A pesar de su gran enojo, no se excedió en el castigo y más bien hizo que, según sus palabras, con esa reprimenda aquellos pudieran quedar perdonados.

Por otro lado, este texto muestra dos aspectos importantes más. En primer lugar, la agitada vida de un gobernante que tenía que abandonar por largo tiempo su ciudad para entrar en campañas militares. En segundo la preponderancia que dio al cultivo del campo, faceta poco conocida de nuestro pitagórico.

Por todo lo anterior, podemos afirmar con Timpanaro:

él tenía del pitagórico la típica configuración espiritual; a sus insignes cualidades de científico, unía un complejo de cualidades morales, derivada de un severo control y disciplina de los impulsos, de un sentido elevadísimo de la dignidad humana, de una armonía interior que se refleja en su acción y palabra; tanto fue así que era muy admirada su atrayente simpatía y era altísima la estima que le tenían cuantos le conocieron³⁶.

Con ésto, repasamos hechos y anécdotas de la vida del tarentino, habiendo llegado a la conclusión de que realmente es una figura de una personalidad muy atrayente desde el punto de vista moral, y que, probablemente, fue considerado un ejemplo para cuantos le conocieron.

E. Principios morales

Ya hemos conocido, al menos, un principio primordial para el tarentino: la pureza en el lenguaje oral. Sin embargo, ésto no muestra necesariamente que lo respalde una teoría ética. En ese sentido, es más atractivo el texto de Cicerón que mencionábamos antes, aunque su validez sea muy discutible, por cuanto podría responder más a la moral sostenida por este importante pensador romano. A pesar de eso, parece que Aristóxenos menciona el mismo discurso, según cita Atenodoro³⁷, que había sido expresado en un sagrado recinto ante un grupo de jóvenes.

La idea fundamental del discurso la expresa Cicerón así:

*nullam capitaliorem pestem quam voluptatis corporis hominibus dicebat a natura datam*³⁸.
(Ninguna peste más capital que la del placer corporal que se da a los hombres por naturaleza).

En ese sentido, el placer corporal, como peste capital, representa el mayor obstáculo moral al que el hombre se enfrenta. Por cuanto la naturaleza humana lleva un ávido placer que ha hecho que

*libidines temere et ecfrenate ad potiendum incitantur*³⁹,
(Los deseos incitaron irreflexiva y desenfrenadamente a poseerlo),

es decir, que ha habido una incitación irreflexiva y desenfrenada por conseguir su supuesto gozo.

Del placer corporal se derivan cuantos males se pueden pedir, pues

*nullum malum facinus esse, ad quod suscipiendum non libido voluptatis impelleret*⁴⁰.
(Ningún mal hay que para que suceda no esté impeliendo el deseo del placer).

Incluso las mismas traiciones a la patria (*patriae prodiones*) y el trastorno de las cosas públicas (*rerum publicarum eversiones*).

En el reino de este placer, ni la virtud puede mantenerse, pues ni la mente (*mens*) ni la razón (*ratio*) ni el pensamiento (*cogitatio*) pueden actuar allí. Por eso, y todo lo anterior, es indudable que

*nihil esse tam destabile tamque pestiferum quam voluptatem*⁴¹,
(Nada es tan detestable y pernicioso como el placer),

por supuesto si el alma dejara que tal cosa la dominara.

Este texto ciceroniano no puede constituir una segura referencia al pensamiento moral de Arquitas. Más bien, utiliza la fama del discurso como medio de convencimiento para presentar su eclecticismo ético. Sin embargo, es muy pro-

bable que el tarentino realmente discurriera alrededor de esta temática, si aceptamos la referencia de Atenodoro. A pesar de eso, difícilmente lo desarrollaría en esos términos.

En nuestra opinión, la moral pitagórica sostenida por Arquitas debió encauzarse en los lineamientos generales de la doctrina de su escuela. No parece feliz la idea de que el tarentino presentara una ética descontextualizada de la concepción de la religiosidad pitagórica. Por eso, el texto ciceroniano podría dar cierta idea particular de la reacción del preclaro pitagórico ante los placeres, pero el hecho de llegar a universalizarlos como la principal causa del mal moral no parece pertenecer a la ética pitagórica.

Arquitas tiene que responder propiamente a la moral de su escuela. Por cuanto, como dice Timpanaro⁴², su propia conformación espiritual es la típica del pitagorismo, de modo que debía mantener una moral rígida al interior de su comunidad⁴³ y al de su misma personalidad. No es difícil atribuir al grupo pitagórico tarentino las prescripciones ascéticas y las prácticas rituales. Estas unidas a sus esfuerzos en ciencia, se convertirían en medios de purificación, noción de la que no tenemos referencia en este grupo, pero que fue generalizada en las comunidades pitagóricas.

El pitagorismo indudablemente estaba unido al orfismo y, por tanto, no podía escapar de la idea de la preexistencia y la transmigración de las almas y, por ello, de la idea del castigo después de la vida mortal. Ante esto, desde el inicio del movimiento se propugnaron los principios morales de esta "vida órfica", en la que, como bien dice Mondolfo,

(los) preceptos y ritos tenían en su carácter religioso el principio de una obligación rigurosa, y preparaban, por lo tanto, el sentimiento y el concepto de una ley del deber⁴⁴.

De esto último se derivará la concepción de la conciencia moral que será uno de los aportes más significativos del orfismo, por cuanto prescribía un examen personal constante, incluso una confesión de los pecados⁴⁵.

Esta unión referente a la conceptualización religiosa no fue olvidada por los pitagóricos que sucedieron al padre del movimiento en el

siglo V. Y, difícilmente, puede considerarse que en Tarento se dejaran de lado tales preceptos. El mismo Arquitas parece responder con rigidez moral en sus acciones. Recordemos, por ejemplo, el caso de la palabra inconveniente que se le quiso obligar a decir, mas no la pronunció.

Sin embargo, hay un cierto proceso de cambio. Tal vez la moral seguía siendo la misma, pero el sectarismo poco a poco fue siendo eliminado. Clara muestra de ello es la aceptación por parte del tarentino de aquellos esclavos que se aplicaran a los preceptos en su comunidad. Por eso, el fenómeno religioso y ético sufre un viraje al menos en algunos de sus aspectos formales.

Centrándonos propiamente en la figura de Arquitas, podemos sostener que en su vida personal trató, con buen éxito, de mantener un control y una disciplina que pudieran corresponder a una moral establecida bajo principios religiosos. Aunque también podemos animarnos a creer que debía sentir la necesidad de mantener una armonía personal que correspondiera a sus concepciones matemático-filosóficas; es decir, que su moral podría encauzarse en la doctrina proporcionalista que parece sostener en la mayoría de sus escritos.

Una moral proporcionalista sería lo más consecuente con las doctrinas matemático-filosóficas de esta segunda generación. Sin embargo, de ello no tenemos indicios claros. No es sino hasta Aristóteles cuando se encuentra una conceptualización de este tipo.

F. Una figura ético-política para la historia

Arquitas se manifestó como un personaje célebre, polifacético y sobre todo muy atrayente, por eso quizás alrededor de él se hayan creado una serie de fábulas, como sostiene Robin⁴⁶. Sin embargo, no se puede poner en duda que constituye un personaje vital para la historia del pitagorismo y de la misma Magna Grecia.

Esa vitalidad de su persona se debe más a su acción pública (política y ética) que a sus logros científicos. Por cuanto supo configurar

una personalidad perfectamente armonizada con el ideal griego del hombre. Su inteligencia política que tantos y tan buenos frutos dio a la ciudad, acompañada de una serie de características morales que le hacían verse incluso como un perfecto ejemplo de la rígida ética pitagórica, constituían valores fundamentales para la realización del ideal griego del gobernante.

Arquitas da sin duda un gran ejemplo de virtuosismo en la acción pública y privada. Independientemente de las fabulaciones que considera Robin, su fama se consolida por una vida llevada en armonía plena, por una aplicación real de los principios elementales de la doctrina y, por supuesto, por la serie de frutos que dio su acción pública. Quizás mejor que ningún otro discípulo de Pitágoras, supo mostrar lo mejor y más digno de la doctrina pitagórica.

Por todo ello, Arquitas constituye una figura ético-política para la historia, que enmarcada en un momento difícil, sobresale entre todos los hombres como un ejemplo de vida y acción.

Sin embargo, el reconocimiento de esos méritos no ha sido tan patente, quizás porque se esconde detrás de las páginas de los más célebres filósofos de la antigua Grecia.

G. Repercusiones inmediatas y posteriores

Probablemente, el pitagorismo no fue muy "popular" entre los pensadores de los siglos IV y III a. C., pero sin duda alguna es pieza fundamental en el engranaje teórico de la filosofía de este periodo. Quizás el problema de este movimiento está en la acentuación de su carácter religioso, cuestión que se manifestaba incluso en la doctrina misma. Así, por ejemplo, Aristóteles, hablando del movimiento en general, critica fundamentalmente la mistificación del número, como único criterio de conocimiento y elemento primordial en la concepción ontológica del mundo. Una doctrina dependiente de concepciones religiosas era mal vista por parte de aquellos pensadores, quienes habían tratado de presentar los frutos de un esfuerzo racional, de hacer a un lado la perspectiva dogmatizante que podía incluir la religión.

A pesar de ello, el pitagorismo, por su gran esfuerzo científico y filosófico, logró introducir una serie de esquemas elementales de razonamiento, muchos de sus principios morales e, incluso, ideas metafísicas de cierta importancia. Especialmente influyente es la segunda fase del movimiento, por cuanto en ésta hay mucho más seguridad doctrinal y los trabajos se tornan mucho más especializados.

Todo esto lo tendremos que discutir ampliamente en el capítulo siguiente, pero aquí nos interesa presentar su influencia, probable y no indudable, en los aspectos éticos y políticos, no sin antes aclarar que esto tiene que completarse y repensarse al lado de los aspectos puramente filosóficos.

1. De Arquitas a Platón

No necesitamos defender la posibilidad de que el tarentino tuviese excelentes relaciones de amistad y doctrinales con el famoso filósofo ateniense. Esto es indiscutible por distintas causas: primero, por los viajes a la Magna Grecia que realiza Platón y sus relaciones políticas con los pitagóricos de Tarento; segundo, por las estadías en Tarento por parte del ateniense y sus relaciones personales con Arquitas, confirmadas por las propias cartas del primero, y tercero, por una línea de pensamiento bastante análoga entre ambos, mucho más desarrollada, evidentemente, por parte del filósofo ateniense. Centrémonos fundamentalmente en este último aspecto, por cuanto es quizás el más dudoso de todos.

Se suele decir que *La República*, el más importante escrito de Platón en el terreno político, debió tener varios antecedentes inspiradores. Desde el punto de vista propiamente literario, no ha habido antes un solo escrito político-filosófico que se presente dignamente ante esta gran obra; sin embargo, podría postularse que la misma depende doctrinalmente de ejemplos históricos, entre los que se podría citar a los más grandes estadistas griegos y, entre ellos, a Arquitas. La mayoría de los que han pensado alrededor de este tema consideran que uno de los más influyentes, si no el más, es el tarentino.

Dice Timpanaro:

(Platón en Tarento) conoce a aquel hombre singular, que parecía encarnar el griego de Italia, aquel perfecto ideal platónico del filósofo regidor del Estado, que en ninguna ciudad de la madre patria Platón había visto realizar⁴⁷.

Arquitas constituía, ante la vista de un pensador como Platón, un ejemplo plenamente realizado de su doctrina del gobierno de la ciudad por parte de los filósofos.

El tarentino había demostrado con creces que su poder político no era nada efímero, no sólo al interior de la ciudad, sino también en sus relaciones internacionales. Esta última cuestión se había hecho patente ante Platón al oponerse aquel al tirano de la muy poderosa ciudad de Siracusa, donde se hallaba preso el ateniense, habiendo logrado Arquitas la libertad para el gran filósofo con su intervención política.

Tenemos que tener claro que la influencia no se debe buscar a nivel del sistema político total, puesto que no se puede encasillar el gobierno tarentino en la teoría política del ateniense. Tarento no cumplía, así como ninguna otra ciudad en el siglo IV, el ideal que Platón quería, por eso, dice el mismo filósofo:

de eso precisamente me quejo: de que no hay entre los de ahora ningún sistema político que convenga a las naturalezas filosóficas, y por eso se tuercen éstas y se alteran⁴⁸.

El problema más importante que tenía el sistema en Tarento era su carácter democrático, lo que como bien sabemos era rechazado por Platón, a quien únicamente agradaba el gobierno de los aristócratas.

Ni siquiera podemos creer que en la teoría sea políticamente influyente el pitagorismo político aplicado por Arquitas en Tarento. Ya habían pasado los días del aristocratismo en el poder de aquel movimiento filosófico. El modelo político en Tarento dependía de circunstancias muy particulares de la ciudad y no podía aceptar tal aristocratismo por parte de Arquitas. Para ellos, la respuesta democrática moderada era, aparentemente, la más factible,

especialmente si consideramos los logros que estaban teniendo con ella.

Arquitas pudo influir en el pensamiento de Platón desde dos puntos de vista: uno, por su ejemplo de gobernante-filósofo y otro, por sus probables tratamientos proporcionalistas de la ética, aunque en cuanto a ésto último es más bien el ateniense quien aplica dichos esquemas a los conceptos éticos.

El ideal platónico del gobernante responde a la necesidad que se plantea respecto de que la razón sea la que anime los fenómenos políticos. Mas este filósofo, que debe gobernar la ciudad, debe venir de la clase de los guardianes. Dice Platón:

habrá, pues, que elegir entre todos los guardianes a los hombres que, examinada su conducta a lo largo de toda su vida, nos parezcan más inclinados a ocuparse con todo celo en lo que juzguen útil para la ciudad, y que se nieguen en absoluto a realizar aquello que no lo sea⁴⁹,

entre ellos se podrán escoger los gobernantes, después de un largo proceso;

y al que, examinado una y otra vez, de niño, de muchacho y en su edad viril, salga airoso de la prueba, hay que instaurarlo como gobernante y guardián de la ciudad⁵⁰.

Este guardián, una vez llegado al poder, debe practicar constantemente la filosofía, pues, como dice Platón,

(a menos) que los filósofos reinen en las ciudades o que cuantos ahora se llaman reyes y dinastas practiquen noble y adecuadamente la filosofía, que vengan a coincidir una cosa con la otra, la filosofía y el poder político, y que sean detenidos por la fuerza los muchos caracteres que se encaminan separadamente a una de las dos, no hay, amigo Glaucón, tregua para los males de las ciudades, ni tampoco, según creo, para los del género humano⁵¹.

Como filósofo debe ser el gran "contemplador de la verdad" (τὸν τῆς ἀληθείας φιλοθεάμονον), con toda la serie de implicaciones que lleva esto.

En estos pequeños detalles que no presentan más que un par de rasgos fundamentales del ideal de gobernante en Platón, podemos encontrar la relación que se puede ver con Arquitas.

El tarentino, con una formación en la gran mayoría de las ramas del conocimiento de su tiempo, llega al poder, entre otras razones, por sus cualidades demostradas en las acciones militares. En otras palabras, es fruto de lo que Platón nombraría como la clase de los guardianes de la ciudad. Por otra parte, habiendo llegado al poder, él se constituye no sólo en su jefe político, sino también en su estratega, el máximo cargo del ejército. Por eso, él es el guardián de la ciudad por excelencia. Y a pesar de sus muchas ocupaciones no deja de desarrollar la filosofía, entregándole a ésta y a la ciencia de su tiempo importantes logros. Por eso, en su persona se conjugan los dos aspectos que Platón consideraba elementales, el poder político y la filosofía.

De ahí que parece obvio que debió haber un reconocimiento de parte por Platón a la persona del tarentino. El mismo hecho de que considere las cualidades militares del gobernante como elementales es significativo.

Haya influencia o no, Arquitas cumple con los aspectos fundamentales de la doctrina, y ésto lo sabía bien el ateniense, como lo comprueba aquella *Carta IX*, que citábamos en nuestro primer capítulo, donde Platón anima al tarentino para que no deje el gobierno de su ciudad, aunque ello le aleje por muchos momentos de su afán filosófico.

En sus viajes, Platón pudo verificar la acción del tarentino, aunque por cortos lapsos de tiempo, quizás porque él pensaba que en Siracusa, donde sí fue grande su estadía, podía ser más factible su sistema político de pensamiento. Sin embargo, allí el hombre en el poder, Dionisio II, no era el capacitado para ello, sino todo lo contrario. Es posible que Platón no creyera en el sistema tarentino y, por mucho que estimara a su amigo Arquitas, seguramente no consideraba a la ciudad de Tarento como viable para la realización de su ideal.

No obstante, Arquitas constituiría posiblemente un baluarte fundamental para la consolidación del ideal del gobernante que Platón desde joven pudo haber tenido. En ese sentido,

vale señalar que Platón presenta las cualidades del gobernante en el libro V de la *República*, que fue escrito en una segunda fase de la redacción de la obra, después de al menos dos de sus viajes a Sicilia. Sólo había introducido antes algunas ideas alrededor del tema en el libro IV, redactado tiempo atrás.

Desde el punto de vista ético, pueden encontrarse algunos rasgos importantes en Arquitas que eran notables para un gobernante. Platón los debió reconocer inmediatamente, pues era un ejemplo muy digno de las cualidades que él había propugnado.

Para el ateniense, como resumen Pabón y Fernández,

el filósofo (gobernante) será veraz, temperante, generoso, magnánimo, valiente, apacible, despierto de inteligencia, memorioso, mesurado; será tal, en fin, que, una vez llegado a madurez con los años y la educación, podría afrontar con éxito las censuras del propio Momo (dios de la burla y la crítica)⁵².

Cualidades todas que parecen describir la figura del tarentino, como lo hemos podido corroborar en este mismo capítulo.

Pero no sólo eso se puede señalar a este respecto. Pues, si consideramos el concepto de justicia y las virtudes elementales, valor, templanza y prudencia, presentados por Platón en el libro IV de esta obra, podremos ver cómo se consideran a la luz del concepto de armonía promocionado por el pitagorismo. Incluso llega a presentarse una explicación de alguno de estos conceptos en comparación con la música⁵³, como lo hacía el movimiento filosófico que hemos venido estudiando. En este sentido es cierto lo que se afirma en forma generalizada respecto de que Platón fue a la Magna Grecia no sólo por compromisos, sino también en busca de conocer los grandes desarrollos filosóficos y científicos que se estaban dando, entre los que sobresalían los esfuerzos de los pitagóricos impulsados por Arquitas y su grupo.

Platón presenta en el *Gorgias* la idea de que la justicia es ese orden que se establece por la igualdad geométrica. En ese sentido, la justicia responde a conceptos matemáticos que indudablemente provenían del pitagorismo. Dice Platón:

no adviertes que la igualdad geométrica puede mucho entre los dioses y entre los hombres; piensas, por el contrario, que es preciso fomentar la ambición, porque olvidas la geometría⁵⁴.

Con ésto resulta evidente que hay una línea de seguimiento de las doctrinas matemáticas en la ética platónica, aunque la aplicación de ellas aún no es muy enfática.

A pesar de que pueden considerarse suficientes las ideas paralelas entre Platón y el pitagorismo propugnado por Arquitas, no se presenta un reconocimiento de estas posibles fuentes en ninguno de los muchos textos que quedan del ateniense, a lo sumo éste se limita a señalar en general a los pitagóricos como hombres virtuosos. Dice él mismo, a ese propósito:

Pitágoras, que fue especialmente amado por ese motivo (su sistema de vida), y cuyos discípulos, conservando aun hoy día el nombre de vida pitagórica, aparecen señalados en algún modo entre todos los demás hombres⁵⁵.

Es evidente que hay una diferencia abismal entre el pitagorismo y la filosofía desarrollada por Platón. El ateniense es una de las cumbres de toda la historia de la Filosofía, en cambio el pitagorismo puede considerarse una mera fuente, o quizás un pensamiento subordinado en esta historia. A pesar de eso, es factible y beneficioso considerar las condiciones de la posibilidad de un pensamiento, por eso se justifica lo dicho atrás.

2. Arquitas ante Aristóteles

En cuanto a la teoría política, Aristóteles hace un recorrido muy parco sobre el sistema tarentino. No sin dejar de presentarlo como un ejemplo de un sistema bien llevado por los ideales de la democracia. Para el estagirita, Tarento muestra un sistema político que debe ser imitado por parte de las democracias.

En la *Política*, el gran filósofo no había querido analizar muy detalladamente los sistemas políticos que históricamente se habían dado, más bien trató de ofrecerlos en forma resumida. De ahí que podamos ver justificada su actitud respecto de Tarento.

Tratar de buscar influencias políticas por parte de Arquitas sobre Aristóteles es bastante más difícil que en el caso de Platón, por cuanto la lejanía entre ambos es suficiente como para no ver tal relación. Sin embargo, nos hemos encontrado con un elemento fundamental ya no en este campo, sino más bien en la ética.

Aristóteles es el primer filósofo en aplicar con abrumadora claridad las medias proporcionales a la ética. Es decir, es el que logra hacer una aplicación a la moral de la doctrina pitagórica de la analogía proporcional. En ese sentido, presenta una conceptualización que los pitagóricos hubieran aceptado plenamente en su sistema; con mucho más razón Arquitas, el primero que considera y expone con notable evidencia las medias proporcionales.

Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* (libro V) presenta dos especies de justicia: la primera, la distributiva; la segunda, la reparadora y represiva. Debemos tener claro que la justicia es igualdad entre dos términos (o dos sujetos), aunque lo justo implica cuatro elementos, dos personas y dos cosas en las que se encuentra lo justo; entre éstos se presentan proporciones que son las determinantes del tipo de justicia.

Lo justo es proporcional ($\epsilon\sigma\tau\iota\nu \alpha\lambda\lambda\alpha \tau\omicron \delta\acute{\iota}\kappa\alpha\iota\omicron\nu \alpha\nu\acute{\alpha}\lambda\omicron\gamma\omicron\nu \tau\iota$)⁵⁶

y la proporción es una igualdad de relaciones y se compone, así como lo justo, de cuatro elementos.

El primer tipo de justicia, la distributiva, se establece por lo que los matemáticos, y de forma especial Arquitas, han llamado la proporción geométrica, en ella lo justo sería un medio entre extremos. Explica Aristóteles:

la unión del primer término con el tercero y la del segundo con el cuarto es lo justo en la distribución, y lo justo es entonces un medio entre dos extremos desproporcionados, porque lo proporcional es un medio y lo justo es lo proporcional. (Los matemáticos llaman a esta proporción "geométrica"). En la proporción geométrica, en efecto, el total es al total como cada uno de los términos con relación al otro⁵⁷.

Y aplicándolo a la realidad afirma:

el que comete injusticia tiene más; el que la sufre, menos de lo que estaría bien. En el mal es a la inversa: el mal menor está en concepto de bien comparado con el mal mayor. El mal menor es preferible al mayor; ahora bien, lo preferible es un bien, y cuanto más preferible, mayor bien⁵⁸.

En cuanto al segundo tipo de justicia, la reparadora y represiva, Aristóteles la explica por medio de la llamada proporción aritmética, en la que, como habíamos visto antes, las relaciones son idénticas, por lo que a nivel ético sería implantado un trato igual para todos. En esta especie de justicia se eliminan los rangos entre los hombres, a cada uno le toca de idéntica forma a los demás, por ello a la vez que se reparan, se reprenden todos los actos. Como dice Aristóteles, al final del cuarto capítulo de este quinto libro,

lo justo es el medio entre cierto provecho y cierta pérdida en las transacciones no voluntarias, y consiste en tener una cantidad igual antes que después⁵⁹.

Esta conceptualización, que ya se la desearíamos a Arquitas, no podía responder sino a un pensador de mayor madurez en el desarrollo histórico de la filosofía. Nuestro pitagórico contribuyó notablemente, junto con toda su escuela, en el allanamiento del camino que conducía a esta doctrina. Más no le podríamos exigir.

3. Arquitas ante la posteridad

No podemos creer que la filosofía griega se quedó en Platón y Aristóteles, pero ellos resumen buena parte de lo más importante que se logró en la antigüedad. En ese sentido, podríamos seguir enumerando más filósofos en la historia a partir del siglo IV, pero la lista se haría interminable e incompleta siempre. Por eso, más bien podemos considerar cuál es la visión general que se tuvo del Arquitas político y figura ética.

Ya hemos recorrido las más fundamentales referencias antiguas que se reportan en la recopilación de Diels y Kranz. No hay una sola de ellas en la que se considere negativamente a nuestro pensador, ni siquiera le atacan sus

adversarios doctrinales, como Aristóxenos; al contrario, está confirmada la positiva visión que se mantuvo de su figura en lo que quedaba de la edad antigua.

Arquitas fue el mejor gobernador de su ciudad y una figura moral indiscutible. Por eso, no era extraño el que se contaran una serie de leyendas alrededor de su persona. Incluso pudo haber constituido todo un mito especialmente en su ciudad, aunque esto sea solamente hipotético, puesto que no conocemos una referencia que hable de ello.

Más recientemente, hay que decir que por largo tiempo se mantuvo muy subordinado ante los grandes portentos filosóficos que habían surgido después. Pero nunca se le ha dejado de citar entre los principales pitagóricos, sobre todo por su relación con Platón. El estudio de su personalidad y acción pública apenas está citado, y, con muy pocas excepciones, se ha visto muy escasamente.

Es patente que su personalidad vale lo suficiente como para ser estudiada con mayor cuidado y paciencia. Tal vez lograríamos encontrar importantes antecedentes de algunos de los grandes pensadores, a los que en muchas ocasiones se les ha mitificado, descontextualizándolos como si fueran seres extraños en el mundo los que trazaron los grandes pensamientos de la historia. Pero no podemos creer en una historia de la filosofía sin entender los procesos conceptuales que supone.

Notas

1. Edwin Minar, *Early Pythagorean Politics*. New York, Arno Press, 1979, pág. 87.
2. *Ibidem*
3. Diog. VIII, 79, D-K 47A, 1, 23-24.
4. *Idem*, 34-35.
5. Estos números son proporcionados por algunas enciclopedias y diccionarios enciclopédicos. Pero no conocemos referencias en textos antiguos, por lo que no se pueden tomar como seguros. Cf. *Enciclopedia Universal Ilustrada*, tomo 59. Espasa Calpe, Madrid, 1936, pág. 624.
6. Esto es mencionado en la *Enciclopedia universal ilustrada*, *idem*. No hemos podido conocer mayores detalles sobre esta caballería, pero se sabe que constituyó un modelo muy importante en la Antigüedad.

7. Diog. Laer., *idem*, 35.
8. D-K 47A, 18.
9. 'Α. ὁς καὶ προέστη τῆς πόλεως πολύν, (Arquitas, quien estuvo largo tiempo al frente de la ciudad) (Strabo VI, pág. 280, D-K. 47A, 4).
10. *Enciclopedia Italiana*, tomo XXXIII. Instituto della Enciclopedia Italiana. Fondada da Geovanni Treccani, 1949, pág. 260.
11. Minar, *op. cit.*, pág. 90.
12. Strabo VI, pág. 280. D-K, 47A, 4.
13. Esta interpretación que hacemos no concuerda con la mayoría de las versiones, las que consideran que la democracia citada es extrema. Incluso, ésto hace rechazar al mismo Minar la posibilidad de atribuir la cita a la época de Arquitas. Para este autor, el régimen referido se debe ubicar alrededor de la revolución del año 470 a. C. Cf. Edwin Minar, *op. cit.*, págs., 89-90.
14. Aristóteles, *Política*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983, trad. Julián Marías; VII, 5, 1320b.
15. Aristóteles habla del gobierno tarentino utilizando verbos ἔχει y παρασκευάζουσι, que están en presente de indicativo. Esto nos lleva a pensar que el Estagirita pudo conocer aún en su época tal régimen.
16. Arist., *op. cit.*, *idem*.
17. George Thomson, *Los primeros filósofos*. México, UNAM, 1979, pág. 300.
18. D-K, 47B, 3.
19. *Idem*.
20. *Idem*.
21. Jorge M. Solano, *La Justicia como rectora del cosmos en los filósofos presocráticos*. Tesis de grado inédita, Facultad de Derecho, U.C.R., 1974, pág. 76.
22. Wilhelm Nestle, *Historia del espíritu griego*. Barcelona, Ariel, 1981, pág. 186.
23. Minar, *op. cit.*, págs. 91-92.
24. Según Thomson (*op. cit.*, págs. 319-324) hay un logro político proporcionalista en los primeros pitagóricos.
25. Entre los aspectos que pueden añadirse, se encuentran algunos conceptos sobre las leyes del Estado, que menciona Minar (*op. cit.*, pág. 112) citando a Delatte (*Politique*, pág. 84; frag. 2b), quien a su vez cita a Estobeo (Fl. 43. 132), el que presenta un texto de Arquitas. Sin embargo, no tenemos a mano el texto griego ni ninguna de estas obras, por lo cual no es para nosotros doctrina segura, especialmente si tenemos en cuenta que Diels no lo menciona en su compilación.
- En el texto se da a entender que la ley de un Estado, que probablemente hablaría del sistema total de Estado, debe caracterizarse por ser acorde con la naturaleza fuerte y ventajosa de todos los ciudadanos. Esta ley debe estar en conformidad con la justicia de la naturaleza, por lo que se debe presentar una justicia propor-

- cional, la que viene con cada hombre de acuerdo a su dignidad.
- Como vemos, ésto no contradice nuestra interpretación, más bien la confirma. Por eso, no creemos necesaria su inclusión, al menos en este momento.
26. Cita Diels 47A, 5.
 27. Aelian. V.H. XIV, 19. Cita Diels, 47A, 11.
 28. Timpanaro traduce el término así:
in tutte le circostanze.
- Mientras que A. Maddalena (en *I Pres. Test. e Fram. Editori Laterza*, Roma, 1975) lo traduce así:
Oltre che nil resto
- Aunque estas son libres, sí parecen dar la idea en un fragmento del que no tenemos a mano el contexto.
29. Aelian, *idem*.
 30. Athen. XII 519B. Cita Diels, 47A, 8.
 31. Ael. V. H. XII, 15. Cita Diels, 47A, 8.
 32. Arist. *Política*. V (VIII), 6, 1340b.
 33. Dice este autor al final del texto citado:
μάλιστα δὲ ἐφίλει τέρπεσθαι αὐτοῖς ἐν τοῖς συμποσίοις (le complacía mucho deleitar a los mismos en los simposios).
 34. Iambl. V.P. 197. Cita Diels 47A, 7. Cf. apéndice.
 35. *Idem*.
 36. Maria Timpanaro, *op. cit.*, pág. 265.
 37. Athen. XII 545A. Cita Diels, 47A, 9.
 38. Cic. *Cat. m.* 12, 39. Cita Diels, 47A, 9, 13-14.
 39. *Ibidem*, 15.
 40. *Ibidem*, 17-18.
 41. *Ibidem*, 27-28.
 42. Timpanaro, *op. cit.*, pág. 265. Cf. cita 26.
 43. No estamos seguros de que Arquitas mantuviera los mismos principios religiosos de la primera generación, ya que no hay pruebas de ello. Pero debe reconocerse que la idea de una comunidad religiosa está aún latente, incluso es probable que se conociera como pitagórico por sus normas ascéticas y morales.
 44. Rodolfo Mondolfo, *La comprensión de sujeto humano en la cultura antigua*. Buenos Aires, EUDEBA, 1968; pág. 286.
 45. Cf. *Idem*; págs. 287-289.
 46. León Robin, *El pensamiento griego y los orígenes del espíritu científico*. México, UTEHA, 1956; pág. 51.
 47. María Timpanaro, *op. cit.*, pág. 263.
 48. Platón, *La República*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981, trad. José Pabón y Manuel Fernández; pág. 497 b.
 49. *Idem*; pág. 412 d-e.
 50. *Idem*; pág. 414 a.
 51. *Idem*; pág. 473 d.
 52. José Pabón y Manuel Fernández en la Introducción a la edición de la *República* citada; pág. CVI.

53. Cf. como por ejemplo la explicación del concepto de templanza, en este cuarto libro, 432c.

54. Platón, *Gorgias*. Madrid, Instituto de estudios políticos, 1951, trad. Julio Calonge; pág. 508 a.

55. Platón, *La República*; 500 b.

56. Aristóteles, *Ética Nicomaquea*. México: UNAM, 1954, trad. Antonio Gómez; pág. 1131 a, 29-30.

57. *Idem*; 1131 b, 8-17.

58. *Idem*; 1131 b, 19-24.

59. *Idem*; 1132 b, 18-20.